Escribir desde los márgenes de la *ciudad letrada*: José Joaquín Fernández de Lizardi y su escritura “rebelde”

Mariana Rosetti

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

El presente trabajo se propone analizar el tipo de representación intelectual que construye José Joaquín Fernández de Lizardi en la escritura de varios panfletos publicados en su periódico *El Pensador Mexicano* [1812-1814]. El objetivo es mirar más allá de la lectura biográfica y estructurada que se ha sostenido sobre este autor para analizar el lugar simbólico que ocupa este escritor público en la independencia de México (Palti, 2008). Para ello, se analizará la multiplicidad de posiciones simultáneas que asume a lo largo de la escritura de estos panfletos en consonancia con el concepto de “transculturación” desde la perspectiva crítica de Susana Rotker (2005), Rafael Rojas (1997, 2010) y François Xavier-Guerra (2002).

*De esta manera, tan presto soy un estadista como general;
unas veces soy médico, otras eclesiástico;
ya artesano, ya labrador, ya comerciante, ya marinero,
ya murmurador (pues, de los vicios, no de las personas).*

José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, n° 11

Mucho se ha dicho y escrito sobre este autor tan polisémico como escurridizo. Sin embargo, todavía no se ha logrado llegar a una caracterización que abarque y contemple el afán de su pluma incansable o los vericuetos por los que ha transitado. Ciertamente, es un desafío analizar su obra, adentrarse en sus papeles y recorridos intelectuales ya que los mismos se conciben como un “espejo” de la realidad, como un vaso comunicante de las situaciones de vida del pueblo mexicano en un período tan vertiginoso como ha sido el de su independencia. Este “espejo” deviene para algunos críticos en un aislamiento del cuidado de la forma estilística y en un alejamiento de la literatura (es el caso de los estudios de Anderson Imbert [1954] y Picón Salas [1944]). Para otros (como Iñigo Madrigal [1987] y Spell [1927-1928]), esta forma de aproximarse a la voz popular es lo mejor que pudo hacer este escritor en los tiempos de censura en los que se vio inserto:

(...) aunque ninguna de las obras de “El Pensador Mexicano” tienen el pulimento artístico que distingue las producciones maestras de algunos escritores humorísticos y costumbristas hispanos, conviene recordar que la literatura solo ayudaba a Fernández de Lizardi en su propósito para llevar a cabo una serie de reformas sociales (Spell, 1927-1928: 225).

Su escritura posee el afán reformista e ilustrado con el que desea desenmascarar los vicios enquistados en el engranaje de la vida del pueblo mexicano. Para lograrlo, es constante la mención a las herramientas con las que cuenta: su “verdad pelada” y su lengua procaz en conflicto con los límites de lo decible, de lo esperable dictaminado por el buen gusto y el decoro. En pos de acometer su objetivo, tuvo que sortear, en varias ocasiones, la censura a través de ciertos subterfugios “fccionales”. Al respecto, Palazón Mayoral sostiene que Fernández de Lizardi “fue maestro del ilusionismo y de la prestidigitación (...) Cocinó su sopa literaria con un poco de ideología cristiana, algo escolástica y liberal. La aderezó con expresiones dialectales mexicanas y con la sátira y la ironía...” (2006: 16). Este “popurrí” de conocimientos se mezcla y tergiversa bajo la pluma de nuestro

escritor para generar una unificación heterogénea, en “tensión peligrosa” para muchos ya que se presenta como una armonía ficticia, un vestido deshilvanado de los discursos tanto de poder como populares que dialogan sin absorberse.

De lo dicho se rescata el posicionamiento complejo y polisémico que asume Fernández de Lizardi a lo largo de sus poesías, panfletos, periódicos y novelas. Encasillarlo como novelista sería una falacia ya que su labor como “publicista” (Palti, 2009) enmarcó tanto su trabajo como su forma de acercarse a las problemáticas sociales y políticas que buscaba desentrañar. A su vez, si bien su objetivo era instruir al vulgo, no consideramos enriquecedora la postura que unifica su extensa y prolífica obra dentro de la perspectiva didáctico-moralizadora. A esta misma adscribe Hernández García que sostiene

Y cuando no cede su palabra, es el mismo Fernández de Lizardi quien enseña, instruye o predica de viva voz escrita, porque, al saber de su valor y de su importancia en los tiempos que corren, su voz no sale a menudo sino del venero pedagógico que él custodia siempre con tanto celo y con renovado afán (...) su creación literaria, pero también sus periódicos y sus folletos, son las más de las veces una escuela abierta que rezuma moral, instrucción, acercamiento a los distintos, múltiples y necesarios saberes del hombre y de la mujer, de su país y de su tiempo. (2006: 299-230)

Esta postura, como cualquier otra que presente el accionar de este escritor de forma monolítica y lineal, coarta el proceso consciente y metódico de transformación en letrado representante del pueblo mexicano. Proceso sumamente intrincado ya que este autor se construye como un portavoz “rebelde” que no encuentra asilo en el círculo de letrados de la sociedad en gestación ni se entrega por completo a la “razón popular” o a los deseos de la misma. Él, al igual que muchos otros pensadores del momento, se ve rodeado de nociones y concepciones pasadas que debe hacer dialogar con sucesos y conocimientos contemporáneos. Al respecto, Lizardi pergeña la manera de proclamarse representante de la “opinión pública”, considerando a la misma como “(...) una *doxa* o saber social compartido en que se encarna el conjunto de principios y valores morales sobre los que descansa la convivencia social” (Palti, 2008: 232). Busca, por todos los medios posibles, ser el mediador, el interlocutor del “reino de transparencia que era para él la “opinión pública” o tribunal de la opinión” (Palti, 2008: 232). Su deseo, con el correr de cada uno de sus panfletos y escritos, se transmutó en ser el órgano de la opinión común frente al pedido de “algunas personas que me importunan de a ratos lo bastante para que diga lo que ellas o no saben, o no quieren, o no pueden decir” (Fernández de Lizardi, 1968: 213). En otras palabras, su recorrido por la escritura converge en plasmar, publicitar y mostrar aquello hasta el momento silenciado por otros, ocultado o borroneado por los representantes del poder y de la cultura. Esta construcción de letrado, tan particular y excéntrica, se alía con un método combativo que ataca los cimientos coloniales de la sociedad mexicana y los vicios morales que afincan en sus raíces.

Este trabajo se concentrará en analizar la forma en la cual Fernández de Lizardi logra insertarse en el espacio lindante entre *la ciudad letrada* y *la ciudad real* (Rama, 1984) –entendiendo por ella sus vínculos con el pueblo–. Aquel espacio donde el público ideal y el vulgar se mezclan sin que la voz de dicho autor se vea absorbida por ninguno de estos dos públicos o circuitos.

Debido a la gran profusión de material que el mismo ha escrito, hemos decidido abocarnos a su primer periódico, *El Pensador Mexicano* [1812-1814], por representar el primer espacio de escritura que el pensador considera propio y, a la vez, instrumento “útil” para la sociedad. Analizaremos del mismo la construcción de Fernández de Lizardi como “predicador cáustico” (Palazón Mayoral, 2006: 16) que combate y cura enfermedades sociales a través de un humor satírico y un estilo que buscaba remedar el ritmo desenfrenado de los acontecimientos que se vivían.

El imperio de los signos: de la ciudad letrada a la ciudad escrituraria

En su obra *La ciudad letrada*, Rama considera la primacía de los signos, de la escritura, por sobre los hechos fluctuantes y vertiginosos. Es por ello que genera una suerte de “prótesis unificadora” al establecer una continuidad del círculo letrado del sistema colonial al período independentista latinoamericano:

Fue evidente que la ciudad letrada remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que este rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo, inspiró la distancia con respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la ciudad letrada una ciudad escrituraria, reservada a una estricta minoría (...) Este exclusivismo fijó las bases de una reverencia por la escritura que concluyó sacralizándola. (Rama, 1984: 41)

Sin generar un análisis profundo de los cambios acaecidos en la sociedad mexicana durante el proceso independentista, es innegable la influencia que este ha tenido sobre la escritura y la lectura de los hechos. Al respecto, ciertos sectores de la incipiente burguesía criolla (médicos, escribanos, abogados) asumen un lugar privilegiado al ser los portadores de la “facultad escrituraria que era indispensable para la obtención o conservación de los bienes” (Rama, 1984: 43). Esta importancia primordial de la escritura consolida para Rama el fenómeno de la “diglosia”, formada durante la Colonia, pero exacerbada en este período. Dicho fenómeno permite explicar las dos lenguas que se presentan en el comportamiento lingüístico de los latinoamericanos: la lengua pública, “que fue impregnada por la norma cortesana procedente de la península”, y la lengua popular, es decir, “la lengua del común que, en la división estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada *plebe*, un vasto conjunto desclasado...” (Rama, 1984: 43-44).

Esta división tajante que realiza Rama deviene confusa y opaca si analizamos el fenómeno de conformación de la “opinión pública” en Latinoamérica. Al respecto, Guerra sostiene que en sus comienzos “la opinión es un atributo de los hombres ilustrados y ninguno de estos la confunde con el sentir del conjunto de la población o, menos aún, del pueblo –del “vulgo”– (...) la opinión aquí remitía a un espíritu público que había que remodelar” (Guerra, 2002: 362). Sin embargo, este escritor nota cambios flagrantes en los fenómenos de opinión en los años que van de 1808 a 1814. En dicho período

se rompe el esquema de publicación del Antiguo Régimen; la palabra pública deja de ser un privilegio de las autoridades y pasa a una infinidad de actores sociales, antiguos o nuevos (...) la unidad moral de la Monarquía se desmorona; la unanimidad patriótica de los primeros tiempos no resiste a la irrupción política (...) Años de discordia y de guerra civil (...) antes que la voz de la razón, la palabra escrita es un *arma* que todos usan: los gobernantes y los gobernados, las élites y el pueblo (...) *Guerra de información y guerra de valores* (...) todo el espacio americano está recorrido por una infinidad de papeles públicos y privados que vanamente los contrincantes intentan controlar” (Guerra, 2002: 383) (Las cursivas son mías).

Entre la perspectiva vertiginosa y dinámica, dada por Guerra, y el estatismo ligado al dominio jerarquizado del grupo letrado, otorgado por Rama, se destaca el estudio de Elías Palti, que reivindica el lugar del letrado publicista en esta primera etapa del proceso independentista desde un accionar virtuoso. Según este historiador, el letrado (su análisis se centra especialmente en Fernández de Lizardi) posee un basamento pre-moderno al pretender aunar a la sociedad erradicando los males ejercidos por el abuso de cierto vicio. Este objetivo conduce al letrado a una búsqueda continua de la Verdad y de su defensa. Al respecto, no es menor el hecho de que

Lizardi presentara a la Verdad de forma alegórica, en más de un número de su periódico, como una mujer que solo desea hablar con él. Frente a este “privilegio”, nuestro escritor se muestra claramente halagado. Sin embargo, insiste de manera superlativa en el imperioso rol de “mediador” (“médium”) entre las virtudes y los hombres. Es común encontrar en sus artículos periodísticos referencias a los recorridos “obliterados” y oscuros por los que debe transitar conducido por virtudes fantasmagóricas que se encarnan frente a sus ojos. Es así como suelen encontrarse pasajes donde la Verdad le advierte: “y cuidado cómo insistes en separarte de mí; porque te abandonaré para siempre y te entregaré a los mismos monstruos que tanto temes” (Fernández de Lizardi, 1968: 467).

Los “monstruos” a los que hace referencia la Verdad no son parte de la “plebe” o el vulgo, sino ni más ni menos que la burguesía criolla, en especial, sus interlocutores letrados. Los “monstruos” lizardianos representan la otra cara de la moneda: la deformidad moral a causa del exceso de privilegios y mezquindades. El abuso de poder representado por los “jueces” letrados que deviene en un alejamiento total de la *ciudad real*:

Entre algunos jueces de estos ha rodado mi opinión alegremente. El susurro de la maledicencia de unos y la equivocación de otros ha llegado a mis oídos y a mi vista. La ira unas veces y otras la lisonja les han vendado los ojos, y sin luz de la razón me han calificado reo en su nefando tribunal (...) han fallado la fatal sentencia de que soy romano, cartaginense o algún vampiro que me equilibrio sobre los vientos sin fijar el pie sobre parte alguna del universo. (Fernández de Lizardi, 1968: 440)

Es de estos interlocutores de quien desea escapar y huir. Sin embargo, ellos se encuentran expuestos o latentes a lo largo de todos sus escritos. De hecho, este malestar suele actualizarse como la continua melancolía que acomete a nuestro escritor al comienzo de muchos de sus artículos y que lo transforma en un “escritor sintomático” (Rojas, 1997; Colombi, 2010):

La soberanía reside esencialmente en la nación. ¡Oh, bello epígrafe! Digno de esculpirse con letras de oro en las portadas de los príncipes, en las antecámaras de los señores y en los tribunales de los jueces, para que, teniendo siempre a la vista los privilegios de la libertad del ciudadano, respetasen su inmunidad como sagrada. (Fernández de Lizardi, [n° 3, 1812], 1968: 43)

Recorridos urbanos y seculares: el vagabundeo intelectual entre el desborde y la absorción de la ciudad letrada

El Pensador Mexicano, que no le va en zaga a Don Quijote
en lo loco ni en lo entremetido, va hoy a la faz del universo a entrar
en una descomunal refriega con un escuadrón desaforado
de los más endiablados endriagos.
Suplemento a *El Pensador Mexicano* del 13 de septiembre de 1813

A lo largo de los diversos escritos incluidos en el periódico de Fernández de Lizardi, se destaca la forma en la que este pensador fue apropiándose de la voz popular para congeniar diversos recorridos urbanos. Es así como en el primer tomo de su periódico se presenta, inicialmente y de forma clara, su postura para con la sociedad (corregir los vicios y ser útil a la misma), para luego dejar lugar (siempre de manera tangencial) a las “voces del pueblo” (Guerra, 2002). Las mismas ingresan en los primeros números cual “digresiones ejemplares”¹

1 Al respecto, el “cuentecito” sobre Pedro y su dolor de muelas. Fernández de Lizardi hace uso de esta digresión satírica para criticar a los lectores sin poder de interpretación. Esto resulta ser una crítica mordaz a los lectores letrados.

(“cuentecitos”, “fábulas”) con un carácter marcadamente satírico. Sin embargo, luego de la publicación del periódico número 9², y como forma de sortear la censura, sus siguientes escritos se ven teñidos de digresiones populares. De esta manera, habitan sus páginas ya sea a través de ciertas anécdotas como de ciertos diálogos ficcionales (como es el caso del “Diálogo fingido de cosas ciertas” entre la muchacha y su tata en el periódico número 13). Este accionar, a simple vista conciliador con el poder “inquisitorial”, franquea los límites previsibles en el segundo tomo. En el mismo se destaca un nuevo procedimiento literario mediante el cual este escritor se presenta necesitado y reclamado por el pueblo a través de la inserción de distintas “cartas de lectores”.

Ellas relatan diversos sucesos acaecidos en distintas zonas de la ciudad que requieren de la supervisión y denuncia de Fernández de Lizardi, encumbrado en el lugar de representante del pueblo y “deshacedor de entuertos”. Se destacan, entre otras, la carta de “La vergonzosa” y la de “El curioso impertinente”, en las cuales se critica duramente el engranaje y funcionamiento del Poder Judicial: “Si el juez no es muy vivo, aunque sea muy letrado, se llevará de la vulgar idea de quien calla, otorga, y el inocente vergonzoso saldrá peor librado que el pícaro hablador” (Fernández de Lizardi, 1968: 245).

El uso de distintos procedimientos para aprehender la voz popular deviene en un sello particular de este escritor y en una forma de delinear sus itinerarios intelectuales, sus recorridos, a través de los recovecos urbanos. Al respecto, y en consonancia con esta perspectiva, Rojas retoma la obra *La escritura de la historia*, de Michel de Certeau, para destacar la importancia que posee la literatura como una “producción de lugares”: “‘el lugar social’ del escritor se proyecta como un ‘lugar de enunciación’ en el texto” (Rojas, 1997: 49). En referencia a este eje, establece una suerte de analogía entre los goliardos del siglo XII y los panfletistas mexicanos (dentro de los que incluye a Lizardi). La unión entre ellos se da por la forma de deambular sin rumbo y por la falta de un grupo letrado que los albergue.

En relación con esta perspectiva, se destaca la introducción que realiza Palazón Mayoral para el diario *Alacena de frioleras*, en la que sostiene la manera en que Fernández de Lizardi

penetró racionalmente en los rincones más oscuros que nadie había escudriñado, para hacer una literatura de gran difusión como lo es el periodismo (...) Es un fenómeno curioso el afán lizardiano de ir y venir por terrenos del espíritu y la mente; ese vagar suyo por mercados y cortes; escuchar al virrey o a los sirvientes. (1970: 11)

Ambos críticos describen el nuevo espacio de enunciación desde el cual escribe Fernández de Lizardi. El mismo es paradójico ya que posee voces, temáticas y espacios populares que son percibidos por un letrado que no abandona su hogar, sino que realiza los recorridos desde su escritorio o a través de sueños alegóricos, refugiado en su cama. De esta manera, estas nuevas formas de trazar caminos por la *ciudad real* se realizan desde los márgenes de la *ciudad letrada*, sin desbordarse de la misma aunque sin dejar que ella lo absorba con su retórica y lectura devoradora.

Sin duda alguna, el estilo que presenta Fernández de Lizardi se seculariza de forma rebelde de la retórica colonialista como también de la perspectiva unificadora de los letrados que la continúan. Presenta así, como bien lo señala Moraña, una “utilización de la escritura como instrumento de desmontaje y la vez de penetración dentro de los límites del poder impuestos por la ciudad letrada” (1997: 27).

2 En el mismo, exhorta al virrey Venegas a que perdone a los frailes insurgentes detenidos que serían ejecutados.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (dir.) y Myers, Jorge (ed.). 2008. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires. Katz.
- Anderson, Benedict. [1983] 2007. *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE.
- Colombi, Beatriz. 2009. "Diálogos de la independencia", en Jitrik, Noé (comp.). *Revelaciones imperfectas. Estudios de literatura latinoamericana*. Buenos Aires, NJ.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. 1968. *Obras III. Periódicos. El Pensador Mexicano*. México, UNAM.
- , 1970. *Obras IV. Periódicos. Alacena de frioleras. Cajoncitos de la alacena. Las sombras de Heráclito y Demócrito. El Conductor Eléctrico*. México, UNAM.
- , 2006. *El laberinto de la utopía. Una antología general*. México. UNAM/FCE.
- Franco, Jean. 1975. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona, Ariel.
- Guerra, François-Xavier y Lempérière, Annick (coords.). 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México, FCE.
- Guerra, François-Xavier. 2002. "'Voces del pueblo'. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)", *Revista de Indias*, vol. LXII, n° 225, pp. 357-384.
- Hernández García, Jesús. 2006. "Fernández de Lizardi: educación y construcción nacional", *El laberinto de la utopía. Una antología general*. México. UNAM/FCE.
- Iñigo Madrigal, Luis (coord.). 1987. *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid, Cátedra.
- Lempérière, Annick. 2008. "Hombres de letras hispanoamericanos y secularización (1800-1850)". *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires, Katz.
- Moraña, Mabel. 1997. "Narrativas protonacionales: el discurso de los libertadores", en *Política de la escritura en América Latina* Caracas, ExCultura.
- Palazón Mayoral, María Rosa. 1970. "Introducción", en *Alacena de frioleras*. México, UNAM.
- , 2006. "Una bella persona utópica", en *El laberinto de la utopía. Una antología general*. México. UNAM/FCE.
- Palti, Elías. 2002. *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires, FCE.
- , 2007. "Opinión pública/Razón/Voluntad general", en *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- , 2008. "Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno", en *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires, Katz.
- Picón Salas, Mariano. 1944. *De la conquista a la independencia* México D.F., FCE.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, Del Norte.
- Ramos, Julio. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, FCE.
- Rojas, Rafael. 1991. "Una maldición silenciada. El panfleto político en el México independiente", en *Historia Mexicana*, vol. XLVII.
- , 2003. *La escritura de la independencia: el surgimiento de la opinión pública en México*. Buenos Aires, Taurus.
- , 2010. *Las repúblicas de aire*. Buenos Aires, Taurus.
- Scavino, Dardo. 2010. *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Spell, J. F. 1927-1928. "La sociedad mexicana juzgada por Fernández de Lizardi", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, época 4, vol. V, pp. 224-240.

MARIANA ROSETTI ES LICENCIADA Y PROFESORA EN LETRAS (UBA). ES ADSCRIPTA DE LA CÁTEDRA DE LITERATURA LATINOAMERICANA I, A CARGO DE LA DRA. BEATRIZ COLOMBI, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (UBA). ESTÁ CURSANDO LA MAESTRÍA EN LITERATURAS ESPAÑOLA Y LATINOAMERICANAS EN DICHA INSTITUCIÓN.